

LOS SANTOS APOSTÓLES SAN FELIPE Y SANTIAGO

Día 1 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Santiago, á quien se le dio el nombre del *Menor*, porque fue al apostolado después de Santiago, hijo del Zebedeo y hermano de San Juan Evangelista, fue hijo de Alfeo y de María, hija de Cleofás, prima hermana de la Santísima Virgen, por cuyo estrecho parentesco se llama también hermana de esta Señora, según el estilo de los judíos, que acostumbran llamar hermanos y hermanas á los parientes muy cercanos; y por la misma razón es llamado nuestro Santo en el Evangelio *hermano de Cristo*, aunque en realidad no era más que primo suyo.

Nació Santiago algunos años antes que el mismo Cristo, y, según Hegesipo, fue santo desde el vientre de su madre; quiere decir, que sus padres le consagraron al Señor antes de nacer, destinándole desde entonces á seguir toda la vida la Regla de los Nazarenos, como lo desempeñó con fidelidad hasta la muerte.

Su vida, dice San Jerónimo, fue un perpetuo ayuno; desde niño se prohibió enteramente el uso del vino y de toda carne; siempre andaba con los pies descalzos; y, en fin, era tanta su penitencia, que, como afirma San Crisóstomo, más parecía esqueleto que hombre vivo. A la penitencia exterior del cuerpo correspondía el fervor interior del espíritu; pues teniendo presente la especialidad con que estaba dedicado al servicio de Dios, casi desde la cuna se puso perpetuo entredicho á todos los gustos y diversiones de la vida. Parecía que la

oración era su único empleo, pues á todas horas se le encontraba en el templo pidiendo á Dios perdón por el pueblo y clamando continuamente por su salvación, de cuyo ejercicio de orar de rodillas y sin arrimo llegó á criar en ellas unos callos tan duros como los de un camello. Supo granjearse tanta estimación y tan extraordinaria autoridad con toda clase de personas por la modesta simplicidad y llaneza de su vestido, por su aire, por su compostura y por la santidad que resplandecía en todas sus acciones, que era el único seglar á quien se permitía entrar en el santuario, y todos le llamaban comunmente *el Justo*. En una gran sequía que hubo, levantando las manos al Cielo nuestro Santiago, luego llovió abundantemente, lo que sin duda fue ocasión de que añadiesen el sobrenombre de *Oblia*, que quiere decir, en lengua siriaca, *el que mantiene al pueblo, ó la fortaleza-de Dios*.

Tal era Santiago el Menor cuando el Salvador del mundo se dignó llamarle al apostolado. No nos dice el Evangelio ni el tiempo ni la ocasión en que fue escogido para él; solamente le cuenta el noveno entre los apóstoles, y es probable que hasta el segundo año; de la predicación de Cristo no fueron agregados al Colegio Apostólico Santiago y su hermano San Judas Tadeo.

Asegura San Epifanio que Santiago se conservó perpetuamente en el celibato.: Los discípulos le llamaban comunmente el hermano de Cristo; expresión que da bastantemente á entender la especial ternura con que Santiago amaba á su Maestro, y también aquella con que era correspondido de El.

Es antigua tradición, según dice San Jerónimo, que la noche de la Cena hizo propósito Santiago de no comer ni beber hasta que Cristo resucitase; y que por eso se le apareció el Señor inmediatamente después de su

gloriosa resurrección. Lo cierto es que, habiendo resucitado Cristo, se le apareció á Santiago en particular, como lo afirma San Pablo, después de haberse dejado ver de San Pedro y de los demás apóstoles; y añade San Clemente Alejandrino, uno de los escritores más antiguos de la Iglesia , que después de la resurrección comunicó el Salvador el don de ciencia á San Pedro, á Santiago el Justo y á San Juan: esto es, como lo explica el mismo Padre, una superabundante luz, penetración y sobrenaturales iluminaciones para el desempeño de los diferentes ministerios á que los tenía destinados su divina providencia.

Después de la triunfante ascensión á los Cielos, habiendo quedado San Pedro nombrado por el mismo Cristo cabeza visible de toda su Iglesia, fue Santiago declarado obispo de Jerusalén; asegurando San Jerónimo que en esto los apóstoles no hicieron más que declarar solemnemente á todos los discípulos la elección que Cristo había hecho de nuestro Santo para el gobierno de aquella iglesia particular, que podía llamarse la cuna del Cristianismo. Y á la verdad, no parecía posible señalarse otro pastor que fuese más grato ni más respetable a los judíos convertidos á la fe, que componían aquella iglesia.

Probolo bien presto por el celo de que estaba dotado, acompañado de aquella dulzura y de aquella gran virtud que le granjeaba tanta veneración, especialmente por ser sostenida de una vida austera, mortificada y penitente, autorizada con visibles milagros. Correspondía maravillosamente el fervor de los nuevos fieles al ardiente celo del santo pastor, y triunfó la constancia de su fe con esplendor y con ruido en la primera persecución que suscitó el Infierno en Jerusalén contra la Iglesia.

La dulzura, la inocencia y la modestia de Santiago

no contribuyeron poco á ganarle los corazones de muchos judíos, aun de los principales de la nación, que se convirtieron á la fe de Cristo; creciendo cada día visiblemente el número de los fieles por la predicación de nuestro Santo. Este, á ejemplo de su divino Maestro, condescendía en todo lo posible con la vehemente pasión que tenían los judíos recién convertidos por las ceremonias de la ley; condescendencia prudente, que, siendo en puntos poco esenciales, conquistó gran número de judíos, bien que no dejó de ser ocasión de algunas turbaciones.

Algunos cristianos de Judea, demasíadamente celosos por la ley, inquietaron la iglesia de Antioquía, queriendo obligar á los gentiles á la circuncisión. Con esta ocasión despacharon á San Pablo y á San Bernabé por diputados á San Pedro, Santiago y San Juan, que se hallaban en Jerusalén, como á oráculos de la verdad, depositarios de la fe y columnas de la Iglesia, como habla San Pablo en la epístola á los de Galacia; y se celebró en aquella ciudad el primer Concilio, en que presidió San Pedro. Este refirió las maravillas que por su ministerio había obrado Dios en favor de los gentiles convertidos, á quienes Su Majestad había comunicado el Espíritu Santo como a todos los fieles; y concluyó que, pues ninguno podía ser salvo sino por la gracia del Redentor, no era razón que se les obligase á cargar con un yugo de que el mismo Redentor los había librado.

Cuando San Pedro acabó de hablar, tomó la palabra Santiago, como obispo diocesano, y dijo así: «Hermanos, prestadme atención: Simón os ha acabado de explicar cómo Dios ha querido entresacar de los gentiles un pueblo que fuese suyo; siendo esto lo que concordemente nos anuncian las palabras de los profetas, según lo que está escrito: Yo vendré después, y reedificaré la casa de David: repararé lo que estuviere arruinado, para que

todos los demás pueblos y naciones que son conocidas con mi nombre busquen al Señor. El mismo que hizo estas cosas, es el que habla de esta suerte. Dios en todo tiempo conoce la obra de sus manos; por eso soy de parecer que no se inquiete á los gentiles que se conviertan á Dios. Pero se les debe escribir que se abstengan de todo aquello que ha quedado inmundo por haber sido ofrecido á los ídolos, de la fornicación, de animal que murió ahogado y de sangre». Siguióse este parecer; y los apóstoles, los presbíteros, con toda la Iglesia, fueron de sentir que se volviese á despachar á Antioquía á Pablo y á Bernabé, acompañados de Judas y de Silas, á quienes se les entregó una carta concebida en estos términos: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros no cargaros más que aquello que es necesario; esto es, que os abstengáis de las cosas sacrificadas á los ídolos, de la fornicación, etc.: absteniéndoo de todo esto, haréis bien. Adiós».

Crecía mientras tanto cada día el número de los fieles en Jerusalén por el celo, por la dulzura y por la devota piedad de nuestro Santo. Manejaba con gran destreza la excesiva y obstinada delicadeza de los judíos, tolerando todo aquello que no era incompatible con el cristianismo, y ganando su corazón y su confianza con esta cristiana condescendencia, para irlos poco á poco disponiendo á desembarazarse de aquellas inútiles ceremonias legales, á que estaban tan adheridos. Habiendo venido San Pablo á Jerusalén el año 58, luego al día siguiente pasó á visitar á Santiago, el cual le aconsejó que no mostrase condenar ciertas ceremonias de la ley antigua de poca consecuencia, por no escandalizar á aquellos espíritus flacos; y el apóstol se conformó con este dictamen.

Después de la muerte de Festo, gobernador de la Judea, y antes que llegase Albino, su sucesor, irritados

los fariseos y los doctores de la ley de los grandes progresos que hacía la religión cristiana en toda la Judea, y especialmente en Jerusalén, resolvieron hacer todo lo posible para exterminarla. El año de 62, Anano, pontífice que era á la sazón, hijo de aquel otro Anano ó Anas, cuñado de Caifas, de quien hace mención el Evangelio, quiso aprovecharse del interregno, y convocó el Gran Consejo, llamado Sanedrín, para tratar de los medios más conducentes al logro de su intento. El expediente más eficaz y más breve que se les ofreció de pronto fue precisar á Santiago el Justo á que negase á Cristo, abjurase de su religión y desengañase al pueblo, así con sus palabras como con su ejemplo. Mandáronle comparecer ante el Consejo, y luego que se divulgó por la ciudad la noticia, todo el pueblo concurrió al consistorio, movido de la reputación del Santo. Llenóse la sala donde se celebraba el Sanedrín de las personas más distinguidas y más considerables de la ciudad. Hegesipo dice que los ancianos ó los consejeros afectaron consultarle algunos puntos para cogerle en alguna respuesta que sirviese de pretexto para condenarle; pero lo cierto es, que muchos procedían de buena fe en las preguntas que le hacían. «Te hemos llamado, le dijeron, para que nos ayudes á abrir los ojos al pueblo, y apartarle de sus desvaríos haciéndole reconocer sus errores. Ya ves que todos se declaran parciales y sectarios de la doctrina de Jesús, persuadidos á que fue el prometido Mesías. Es menester que desengañes hoy á ese numeroso y alucinado pueblo, que ha concurrido de todas partes con ocasión de la solemnidad de la Pascua; porque todos te veneran por hombre justo, veraz é incapaz de dejarte mover de algún humano respeto; consiguientemente, todos están dispuestos á rendirse al testimonio que prestares á la verdad. Sube, pues, á la galería del templo, para que mejor puedas ser oído del innumerable concurso, y sepan todos de ti, así lo que tú crees, como lo que ellos deben creer.»

Habiéndose dejado ver Santiago en la galería, comenzaron los escribas y fariseos á gritarle desde abajo: «Dinos, hombre justo, qué juicio hemos de hacer de aquel Jesús que fue crucificado, porque todos nos conformaremos con tu prudente dictamen». Entonces Santiago, esforzando la voz todo cuanto pudo, clamó: «Oid, hermanos míos, el testimonio que voy á dar á la verdad: ese Jesús, Hijo del Hombre, de quien vosotros habláis, está en el Cielo, sentado á la diestra de Dios Padre, como Hijo verdadero suyo, y algún día vendrá en el trono de las nubes á juzgar á todos los hombres; porque es el Mesías que esperaron nuestros padres, y debe ser toda nuestra confianza y la esperanza de Israel».

Apenas acabó de decir estas palabras el apóstol, cuando un crecido número de judíos, movidos de tan ilustre como valeroso testimonio, creyeron en Jesucristo y comenzaron á alabar á Dios á voz en grito, diciendo: *Hossanna al Hijo de David*. Pero los escribas y fariseos, arrepintiéndose, aunque ya muy tarde, de lo que habían hecho, vueltos á la muchedumbre, comenzaron á gritar por todas partes: *Pueblo, que el Justo se engaña*; y, llenos de rabioso furor contra el Santo, subieron á la galería y le precipitaron abajo desde lo más alto del templo. No quedó muerto del golpe, y, poniéndose inmediatamente de rodillas, hizo oración á Dios por los que le quitaban la vida; pero, no pudiendo éstos sufrir que sobreviviese á la caída, comenzaron á disparar contra él una espesa lluvia de piedras, á tiempo que, hallándose cerca del Santo un cardador, que por casualidad tenía en la mano la maza con que prensaba los paños, le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que acabó, finalmente, de matarle.

Así murió Santiago el Menor, el mismo día de Pascua del año 62, habiendo gobernado cerca de veintinueve años la Iglesia de Jerusalén; y se tiene por cierto que le

dieron sepultura en el mismo lugar donde fue martirizado. Fue tan llorada su muerte, aun de los mismos judíos, que, calificándola de injusta, creyeron haber sido una de las principales causas de las públicas y terribles calamidades con que fue afligida y castigada su nación, atribuyendo á ella hasta la funesta ruina de Jerusalén, que sucedió ocho años después de la muerte de nuestro apóstol. Su cátedra se conservaba en Jerusalén con grande estima en los primeros siglos de la Iglesia. Dícese que sus reliquias fueron trasladadas á Constantinopla en el siglo vi, y después á Roma, donde con las de San Felipe se veneran en la basílica de los Santos Doce Apóstoles, halladas ambas en dicho templo durante el pontificado del Beato Pío IX. Pero de ellas debía estar separada la cabeza, la cual se conservó en una pequeña iglesia, cerca de Jerusalén, hasta el siglo xii, en cuyo principio fue hallada junto con un trozo de sepulcro del Salvador y un hueso del cuerpo de San Esteban. Se guardaban estas reliquias en un vaso de plata, dentro de otro de marfil, y las trajo á España por aquel tiempo Mauricio, obispo de Coimbra, que después fue arzobispo de Braga, y las depositó en la iglesia de Carrión de los Condes. De aquí fueron trasladadas al templo de San Isidoro de León, donde estuvieron hasta el año 1154, en que, por disposición de la reina Doña Urraca, fue llevada á Compostela la cabeza de este santo apóstol por D. Diego Gelmírez, obispo de aquella Iglesia.

Escribió Santiago, como obispo de Jerusalén y como apóstol muy particular de los judíos, aquella admirable Epístola que es uno de los libros canónicos del Nuevo Testamento, y es la primera de las siete Epístolas católicas, llamadas así porque no se dirigen á alguna persona ó Iglesia particular, sino á la universalidad de todos los fieles. Así, pues, ésta se dirige á todas las doce tribus, esto es, á todos los judíos esparcidos en toda la redondez de la Tierra, y siempre ha sido estimada como

excelente compendio, quinta esencia ó médula de toda la moral cristiana. Su estilo es vivo, conciso y eficaz, y en ninguna otra parte se leen reprendidos los abusos con voces más enérgicas ni más expresivas.

El mismo día celebra la santa Iglesia la fiesta de San Felipe, que, habiendo sido llamado al apostolado antes de Santiago, siempre se le nombra el primero en el oficio del día.

Fue San Felipe natural de Bethsaida, ciudad de Galilea, á las márgenes del lago de Genesaret. Era casado, y tenía tres hijas; hombre piadoso y muy respetado de los judíos, como dice San Crisóstomo, que, empleado continuamente en la meditación de la Ley y de los Profetas, esperaba con profunda religión al Mesías prometido, que había de ser la redención de Israel.

Habiendo dicho públicamente el Bautista, en presencia de sus discípulos, que Jesús era el Cordero de Dios, Andrés y Simón, que después se llamó Pedro, le siguieron inmediatamente; y como el día siguiente partiese Jesús para Galilea, encontrando á Felipe en el camino, no le dijo más que estas palabras: *Sígueme*; con las cuales, no sólo inspiró en su corazón una ardiente y generosa resolución de dejarlo todo por seguir á Cristo, sino un celoso deseo de conquistarle todos los discípulos que pudiese. Con efecto, poco después, como hubiese encontrado Felipe á Natanael, le dijo que había tenido la dicha de hallar á aquel de quien tanto había hablado Moisés en los libros de la Ley, y á quien habían retratado los Profetas, y, diciendo y haciendo, le condujo al Salvador. Asegura San Clemente Alejandrino, como cosa inconcusa, que ninguno ponía en duda que fue San Felipe aquel mancebo que, habiendo pedido licencia á Cristo para ir á enterrar á su padre, el Señor le respondió: *Deja á los muertos que entierren á sus muertos.*

Desde entonces siguió Felipe á Cristo tan de veras, que no se volvió á separar de su compañía. El año siguiente fue escogido para el apostolado, y contado entre los doce, nombrándole el Evangelio inmediatamente después de San Juan. Acredita bien la especialidad con que el Salvador amaba á San Felipe la distinción que hacía de él. Cuando quiso hacer el milagro de la multiplicación de los panes, le preguntó, para probar su fe, dónde hallarían pan para tanta muchedumbre. En cierta ocasión, queriendo unos forasteros ver á Cristo, se valieron de San Felipe para que se lo facilitase, persuadidos á que era el que más privaba con el Salvador. Cuando Jesús, en el gran sermón que dirigió á sus Apóstoles después de la última Cena, les habló de su Padre, San Felipe tuvo la confianza de suplicarle que se sirviese de hacérsele ver á todos, porque todos lo deseaban mucho: á lo que el Señor le respondió: *Felipe, el que me ve á Mí ve á mi Padre.*

Después de la ascensión de Cristo á los Cielos y de la venida del Espíritu Santo, cuando los Apóstoles se dispersaron por todo el mundo para llevar á todo él la luz del Evangelio, San Felipe fue á predicar la fe á la provincia de Frigia, donde convirtió muchas almas y obró muchos milagros. Habiendo llegado á Hierápolis, se compadeció mucho viendo que aquel pobre y ciego pueblo adoraba por Dios á una monstruosa víbora; y lleno de santa indignación y fogoso celo, la hizo pedazos. Abrió los ojos á aquella pobre gente, hizola visible la grosería de sus errores, y, convirtiendo á la fe á toda la ciudad, fundó en ella una floreciente Iglesia. Pero no le dejó en paz la cólera del demonio, porque, irritados los sacerdotes de los ídolos y los magistrados á vista de los maravillosos progresos que hacía el Cristianismo, resolvieron quitar la vida al santo apóstol. Echaron mano de él, y, después de haberle tenido preso algunos días, le despedazaron con crueles azotes, y amarrándole á una

cruz, comenzaron á apedrearle. Sobrevino un furioso terremoto, que atemorizando á los gentiles, y poniéndolos en precipitada fuga, dio lugar á los cristianos para que bajasen de la cruz á San Felipe; mas conociendo el Santo que ya le quedaban pocos instantes de vida, les rogó que le dejaran acabarla en la cruz, á ejemplo del Salvador; y habiéndole concedido este consuelo, expiró en ella poco tiempo después, encomendando á Dios su alma y su pueblo. Sucedió esta preciosa muerte el primer día de Mayo del año de 54, según Baronio; ó hacia el año de 90, en opinión de los que dan á San Felipe ochenta y siete años. Lleváronse, según se ha dicho, á Constantinopla parte de sus sagradas reliquias, y otra parte de ellas se veneran en Roma en la iglesia de los Santos Apóstoles, que comenzó el papa Pelagio I y acabó Juan III, su sucesor.

SAN JEREMÍAS, PROFETA

San Jeremías, que se interpreta *alteza del Señor*, es el segundo de los profetas llamados *Mayores*. Su padre fue el sacerdote Helcías, perteneciente á una familia que residía en una aldea próxima á Jerusalén. El año 629 antes de Jesucristo, en el reinado de Josías, empezó nuestro Santo á profetizar. Dirigíanse los vaticinios de San Jeremías, no sólo contra los judíos, sino también contra los egipcios, filisteos, idumeos, moabitas, babilonios, etc. El principal designio del profeta era el de exhortar á su pueblo á la penitencia y á la mortificación, pues el Señor los castigaría de otro modo. Indignados cobardemente los judíos porque el santo profeta les afeaba con valor sus excesos, le persiguieron hasta sepultarle en la cárcel. Terminado el reinado de Jeconías, el pueblo y el Rey fueron trasladados cautivos á Babilonia. Nuevamente volvió Jeremías á predicar en Jerusalén y con motivo de hacer diez y seis meses que la ciudad sufría un cerco, los judíos,

ciegos é impotentes, arrojaron al santo profeta en una laguna de cieno, de la cual le sacaron, trasladándole á la cárcel hasta que Nabucodonosor tomó la ciudad, según lo había anunciado Jeremías, y por cuya profecía había sufrido sus persecuciones; El general de Nabucodonosor puso en libertad á Jeremías, dándole permiso para ir á Babilonia ó permanecer en Jerusalén. El santo profeta, deseando ser útil á los judíos, decidió continuar en Jerusalén. Godolías, gobernador de Judea, murió poco después, asesinado por Ismael, príncipe de la sangre real de los judíos; y éstos, temerosos del furor de los babilonios, huyeron á Egipto, acompañándolos el profeta Jeremías, ya que no había conseguido hacerlos permanecer en Judea. En Egipto, siguiendo el profeta en su santo propósito de exhortar á los judíos á la penitencia, profetizó las calamidades terribles con que el Señor iba á castigarlos en unión de los egipcios, con cuyas profecías, lejos de hacerse amar y respetar, fue aborrecido y maltratado cruelmente, en especial por sus mismos compatriotas los hebreos, los que, según la tradición constante que los expositores sagrados han recibido, le mataron á pedradas en Taphne, el año 590 antes de Jesucristo.

El grande profeta San Jeremias estaba dotado de ardiente y tierna caridad para con todos. Siempre trabajó en beneficio de todos, sin desmayar por las persecuciones que sufrió.

Las profecías de San Jeremías comprenden cincuenta y dos capítulos. Sus *Trenos ó Lamentaciones*, compuestas de cinco capítulos, es una obra perfecta, y muestra del dolor y la tristeza sublimes. La Iglesia católica usa sus profecías en las lecciones de los maitines, desde la Dominica de Pasión hasta el Sábado Santo, y además en algunas Misas de entre año. Su memoria es gloriosa.

La Misa es en honra de los Santos Apóstoles, y la oración la que sigue:

iOh Dios, que cada año nos alegras con la solemne festividad de tus apóstoles Felipe y Santiago! Concédenos que imitemos los ejemplos de aquellos de cuyos merecimientos nos regocijamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí, penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazón angustiado: Éstos son los que en otros tiempos fueron objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los santos.

REFLEXIONES

Mientras están en esta vida los buenos que son injustamente perseguidos , la paciencia y la humildad, inseparables de la verdadera virtud, los cierra la boca, los hace como mudos, y casi como si fueran insensibles, impidiéndoles levantar el grito contra aquellos que los oprimen, que los sofocan, y que hacen cuanto pueden para arrancarles el fruto de sus trabajos. Pero cuando se acabe este puñado de días, iqué no tendrán que decir, y cuánto avergonzarán á los que trataron tan indignamente

á la virtud y á la religión! Y iqué sentirán entonces, qué despecho será el de aquellos que ejercitaron tanto su paciencia!

Que persigan á la virtud los que son impíos de profesión, adelante; ninguno debe extrañar que los enemigos declarados hagan la guerra. Pero que las más duras, las más sensibles persecuciones que tienen que padecer los buenos vengan muy ordinariamente de aquellos mismos que debieran protegerlos; que la impaciencia, el mal humor y tal vez la durísima aspereza de aquellas mismas personas que hacen profesión de virtuosas sean la prueba más terrible de una virtud tierna, bisoña y recién nacida, esto es lo que apenas se pudiera creer; y, con todo, esto es lo que se ve muy frecuentemente.

Abre un joven los ojos, y comienza su corazón á imbuirse en las máximas cristianas; danle en rostro y llénanle de tedio las diversiones del mundo; da principio á la reforma de su vida; icuánto tiene el pobre que padecer de aquellos mismos que debieran ser los primeros en aplaudir su resolución y en celebrar el partido que ha tomado ! Pero aun crece mucho más la admiración cuando en aquellas mismas comunidades religiosas, que debieran ser el asilo de la virtud, el sagrado donde estuviese á cubierto de todo insulto la más rígida observancia, la perfección más severa, se halla tal vez esta misma virtud y perfección expuesta á mil molestas contradicciones, censurada, acechada y condenada por los que debieran ser sus panegiristas. A la exactitud edificativa se le da el odioso nombre de desdeñosa singularidad; á la modestia se la califica de afectada; la circunspección se dice que es una gravedad violenta y fastidiosa; finalmente, hasta la misma humildad se censura y se condena. No puede haber persecución más peligrosa ni más tentadora para una

virtud tierna y en mantillas; pocas hay que no se rindan, ó á lo menos que no titubeen á esta prueba. Pero, iválgame Dios!, ¿de qué principio nacerá esta maligna aspereza, esta acrimonia contra un sujeto que sólo se distingue de los demás en ser más exacto en el cumplimiento de sus obligaciones? No nace ciertamente ni de celo ni de amor por la observancia común; nace de celos, nace de emulación, nace de un secreto orgullo.

El Evangelio es del cap. 14 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os lo hubiera dicho. Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que, en donde estoy Yo, estéis vosotros también. Y adonde voy lo sabéis, y sabéis el camino. Díjole Tomás: Señor, no sabemos adonde vas: ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesús: Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por Mí. Si me hubierais conocido á Mí, hubierais conocido también á mi Padre; y desde ahora le conoceréis, y le habéis visto. Díjole Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Le dijo Jesús: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve á Mí, ve también al Padre. ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mí mismo; sino que el Padre, que está en Mí, Él es el que obra. ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí? Si no, creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo. El que cree en Mí, hará también las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas; porque Yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidierais al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACIÓN

Del conocimiento y amor á Nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la verdadera felicidad y verdadera vida consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demás descubrimientos, todas las demás luces del entendimiento humano son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas que alumbran poco y suelen descubrir no más que aquellos anchurosos caminos que guían á la perdición. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la suprema felicidad. Pero ¿es muy frecuentado este camino? ¿Es muy abrazada esta verdad? ¿Es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna? ¿Conocemos lo que es, lo que puede y lo que hace? ¿Mirárnosle como á soberano Dueño de todas las cosas, como á único Arbitro de nuestra suerte, como á supremo Juez de todos los hombres?

Siendo Soberano esencialmente feliz por Sí mismo desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre en tiempo para morir por los hombres, y voluntariamente se entregó El propio á la muerte, y muerte de cruz, para redimirlos. ¿Se conoce bien este grande; beneficio? ¿Se comprenden estos misterios? Y si nuestra fe produce este conocimiento, ¿qué respeto, qué amor, qué gratitud profesamos á nuestro divino Salvador? ¿Puedo lisonjearme de que mis afectos den testimonio de que le conozco? Y si mi conocimiento es el que debe ser, ¿cómo es posible que honre tan poco y sirva tan mal á Jesucristo? En El están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios; en El habita corporalmente la plenitud de la Divinidad; en El tenemos plenamente todas las cosas; El es la cabeza de los

principados y de las potestades; El es el que borró la cédula, la sentencia de condenación que estaba pronunciada contra nosotros; El la anuló clavándola consigo mismo en la cruz. Consultemos nuestra modestia en el templo, nuestra ansia por visitarle, nuestra frecuencia en hacerle corte, nuestra hambre por recibirle, nuestra devoción, nuestro respeto en su presencia. ¡ Ah, y cuánta verdad es que no conocemos al que está en medio de nosotros!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que si es la mayor de todas las desdichas no conocer á Jesucristo, no es menos funesta, conociéndole, no amarle.

Los demonios creen todas las verdades de nuestra religión; las creen y se estremecen. Ellos mismos exclaman: *Tú eres el Hijo de Dios*; saben muy bien que es Cristo; pues ¿de dónde nace su desdicha? De que con una fe tan comprensiva y tan patente, y con todo ese estéril y especulativo conocimiento, no le aman. Y ¿no habrá algunos cristianos en el mundo á quien se les pueda reconvenir con lo mismo?

Debiera ser muy sensible, muy palpable el tierno amor á Jesucristo; porque todas las cosas le están pidiendo, le están solicitando, están clamando por El; hermosura sin par, bondad sin semejante, beneficios sin número, sin precio. Nos amó con exceso, y, al presente no nos ama ni con menos liberalidad ni con menos ternura. Toda la correspondencia que nos pide es nuestro corazón. Como si le pareciera poco ser nuestro fiador, nuestro Redentor y nuestra guía, quiere también ser nuestro sustento y quiere El mismo ser nuestro premio.

¡Ah, divino y amable Salvador mío! ¿Podré yo lisonjearme de que os conozco? Y si es tanta mi dicha que pueda decir con vuestro Apóstol: *Tú eres Hijo de Dios vivo*, ¿hallaré, acaso, en todo mi porte ni en toda mi

conducta un testimonio práctico de que verdaderamente os amo? Cubierto de confusión, lleno de dolor, pero al mismo tiempo de una grande confianza en vuestra divina gracia, me atrevo á prometeros, i oh Salvador mío amabilísimo!, que os amaré, y que ya comienzo desde este mismo punto á conoceros y amaros.

JACULATORIAS

Sí, yo os amaré de aquí adelante, mi Señor, mi fortaleza, mi refugio y mi amable libertador.—*Ps. 17.*

No, mi dulce Jesús; aunque sea menester morir contigo, por Ti, no te negaré, no dejaré de amarte.—*Marc., 14.*

PROPÓSITOS

1. *La vida eterna*, decía el Salvador del mundo á su Padre, *es conocerte á Ti por verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo, Hijo tuyo.* La mayor desdicha que puede suceder á un hombre, es no conocer á Jesucristo; pero no es menos que ésta conocerle y no amarle. Todos los cristianos tenemos la dicha de conocerle; ninguno hay que no se honre, que no se gloríe de ser discípulo suyo. Pero ¿podemos decir con verdad que le amamos? Bien sabes tu quién es; pero ¿le tratas con el respeto que merece? Y cuando eres tan delicado, tan celoso de que se te trate á ti con la atención que, á tu parecer, se te debe, ¿con qué devoción, con qué modestia, con qué veneración te pones en su presencia? Examina aquí el fervor y la puntualidad con que cumples con las obligaciones del cristiano, y examina también la compostura y el respeto con que te presentas en la iglesia. Es el Evangelio la palabra de Jesucristo: ¿Qué veneración profesas, qué estimación haces de esta divina palabra? No ignoras los preceptos ni las máximas de

Jesucristo. ¿Qué caso haces de aquéllos y de éstas? Consulta tus máximas y tu porte. Hay, á la verdad, muchos cristianos; pero ¿hay muchos verdaderos fieles?

2. Di valerosa y animosamente con San Pablo (*1 ad Rom.*): No me avergüenzo de hacer lo que manda el Evangelio. Y así nadie se admire de que, como cristiano, perdone generosamente aquella injuria; de que no me deje arrebatarse de la cólera, como lo hacía hasta aquí; de que no asista ni á los espectáculos, ni á la comedia, ni á la ópera; de que ya no me deje ver en aquellas casas públicas del juego, ni parezca en las concurrencias profanas. Jesucristo, á quien reconozco verdaderamente por mi Dios, por mi Salvador y por mi Juez, me lo prohíbe; su Evangelio me manda abstenerme para siempre de semejantes diversiones. Haz hoy una visita particular á Cristo en el Sacramento, para pedirle perdón de lo poco que hasta aquí le has conocido y amado, para prometerle en adelante una fidelidad inalterable, rezando á este fin la *Letanía* de la Virgen. Acuérdate de lo que intima San Juan: Que, el que dice que conoce á Dios y no guarda sus Mandamientos, es mentiroso. (*1 Joan., 2.*)